

Arco de la Estrella. Pero debió detenerse en la gran fuente de la izquierda. Allí, por esa ley tremenda de la solidaridad, de la herencia, por ese blasfemo error en que han fundado su poder eterno las dinastías históricas, Luis XVI pagó en un cadalso los crímenes de todos los monarcas. Sólo Dios sabe cuánta parte tuvo en esta expiación de un día, que pagaba los errores de siglos, el asesinato de Polonia, que unos reyes perpetraron y que otros reyes consintieron. En pueblos como Rusia no hay convenciones, no hay tribunales revolucionarios. Pero hay algo más horrible, hay hermanos que matan á sus hermanos, hijos que asesinan á sus padres. Si amontonara Alejandro II los cadáveres de sus parientes, que han sido como las gradas de su trono, se quedaria horrorizado, por poco horror que inspire la muerte al que tiene la costumbre de degollar á un pueblo. Escenas horribles las de Moscow. Alejandro y Nicolás han subido al trono resbalándose sobre su propia sangre. Nadie sino Dios también puede saber cuánta parte tiene en estos horrores la horrible crucifixión de Polonia. La demen-

cia es la sombra que sigue de cerca á la tiranía.

Yo hubiera llevado al Czar de todas las Rusias á la seccion francesa de pinturas en la Exposición universal. Hay allí un magnífico cuadro. Es una plaza de Varsovia. En el centro se alza un monumento, una columna que recuerda aquellos días gloriosos en que la caballerisca Polonia salvaba de los tártaros á esa Europa occidental que hoy la abandona á los tártaros. Todos los polacos están de rodillas, sin armas, exhalando del pecho un *Te-Deum* y ofreciendo á Dios resignados el holocausto de sus vidas. Los cosacos disparan sobre ellos, é innumerables víctimas, ancianos, mujeres, niños, caen sobre charcos de sangre entre unas nubes de humo, pronunciando el dulce nombre de una patria que no podrán encontrar ¡heróicos mártires! sino en la inmensidad de los cielos, en el seno del Eterno.

Pero se me olvidaba, no ha nacido todavía un tirano que tenga conciencia. Pues qué, ¿existiria el despotismo sin esa ceguera en el alma con que nacen los déspotas?

CAPITULO LVIII.

UNA TENTATIVA DE REGICIDIO.

El jueves, 6 de Junio, París entero se habia trasportado al grandioso bosque de la modesta Boulogne. Sesenta mil soldados congregaban en torno de sus vistosos cuadros, un millon de espectadores y unos ochenta mil carruajes, sin contar las locomotoras que echaban á la puerta del bosque sus nubes de humo y sus rios de gente. La antes solitaria selva gala parecia una ciudad de follaje en la cual se reconciliaban el hombre y la naturaleza. Bien es verdad que esta reconciliación entre el ciudadano ahumado de gas y saturado de carbónico, y la campiña saturada de oxígeno, resultó en daño de la última, á pesar de lo mucho que le conviene al mundo vegetal absorber nuestro aliento. Los montones de yerba seca fueron primero asaltados por los que deseaban descubrir un largo espacio y luego destruidos por los que no habian podido asaltarlos. La yerba verde, humedecida aún por el rocío, se agostaba casi bajo el peso de tantos cuerpos como caian sobre ella rendidos por la fatiga. Las inmensas columnas de espectadores no respetaban ni los cercados, ni las flores, ni los arbustos. Hasta las ramas de los

altos árboles crujian y se desgajaban al peso de los más atrevidos, ó de los más curiosos. Entre las encinas no se veia la hoz sagrada cortando el muérdago, ni el túmulo celta donde reposaban los dioses, ni la fugitiva luna saludada por los coros de las sacerdotisas, ni las almas inmortales que hacian vibrar con su aliento las verdi-negras hojas, sino ridiculos galanes y pequeños sombrerillos á la última moda, que jamás hubieran inspirado á Lucano sus admirables descripciones de un bosque de las Galias. Y cuidado que, digan lo que quieran, cuántos echan de ménos el antiguo París con sus calles sombrías y el antiguo bosque de Boulogne con sus siniestros ladrones; ¡cuidado que es bello este inmenso paseo! Aquí una alameda de tiles, y más allá otra de sicomoros; caminos tortuosos cubiertos de dorada avena serpentean hácia todas partes rematados por festones de yerba; la pradera extiende á cada paso una verde alfombra que convida al reposo, especialmente cuando el ciervo casi viene á vuestros piés y la paloma casi baja á vuestras manos, animales por la muchedumbre domesticados; el

arroyo susurra sus églogas en consonancia con el rumor del follaje, el zumbido de la abeja, el canto del ruiseñor y los coros de las alondras; entre los riscos, cubiertos de plantas parietarias y las estalactitas sembradas de cristalizaciones, se despeñan, despedidas por misteriosas grutas, bullidoras cascadas; grupos de árboles, de todos los que permite el ingrato clima, levantan al cielo sus ramas y canastillos de flores abrillantan á intervalos el suelo; entre estos muros de verdura se ven, ya las aspas de un molino de viento, ya las almenas de un torreón feudal, ya el tejado triangular de una casita suiza; y mientras en lo más profundo el lago extiende su verde superficie, sobre la cual inclinan sus desmayadas ramas los melancólicos sauces, en lo más alto los cedros abren sus copas como una corona, y sombrean la colina, desde la cual se descubre el campanario gótico de Boulogne con su calada aguja y la montaña de Saint-Cloud besada por el Sena, cubierta de blancas casitas, medio ocultas en la espesura y suspensas en las breñas, paisaje encantador que asemeja una miniatura de los Alpes.—Al mismo tiempo, ¡cuántos recuerdos históricos! Abrid cualquier historia ó guía de París y los encontrareis á millares.

El galo ha sacrificado á sus dioses bajo las ramas de las encinas, y ha presentado la inmortalidad del alma, creyendo en el rumor del follaje oír vibrar palabras de sus progenitores. Los germanos han pasado por este suelo removiéndolo con las ruedas de su carro de guerra, de ese arado que abría los surcos de la libertad. Un arzobispo lo ha poseído largo tiempo. Pero el feudalismo teocrático, como ha dicho profundamente Maquiavelo, ni sirve para gobernar á los hombres, ni para defender las tierras. Duguesclin, el condottiero francés que asesinó á Pedro de Castilla, ha visto sus bagajes desembalados y sus riquezas robadas en este bosque, donde hoy pasea muellamente reclinada, en su coche, la flor de la elegancia universal. Carlos V le

ha dado á Duguesclin autorizacion para que lo purgue de ladrones, y esta autorizacion es algo más que el decreto de un Rey, es la reconciliacion de la monarquía con el feudalismo militar, reconciliacion que sentará sobre las ruinas de la teocracia un nuevo derecho europeo. El infame Luis XI regala el Bosque á su médico. Y este regalo es algo más que el capricho de un Rey; es la reivindicacion de la soberanía territorial por el derecho monárquico. Francisco I fundó en el Bosque un palacio que se llamó de Madrid, en memoria del triste cautiverio á que lo sujetó la derrota de Pavía. Diana de Poitiers y Enrique II celebraron á la sombra de sus árboles muchas de las brillantísimas fiestas que caracterizan el Renacimiento. Carlos IX cazó aquí jabalíes antes de cazar hombres en el Louvre. Luis XV, para cuyas orgías, y cuyos escándalos hubiera sido estrecho el mundo, trasladó algunas veces de los ordenados jardines de Versalles á los agrestes bosques de Boulogne sus babilónicas cenas que renovaban los amores de Pasifae y las protervias de Babilonia. Enrique III quiso levantar en medio del Bosque su sepulcro, y obligar á todos los nobles franceses á enterrarse á su alrededor en magníficos mausoleos coronados de estatuas, «con lo cual, decía, dotaremos á París de un divertido paseo.» En las sombrías alamedas se han visto muchas comedias. Una francesa y una polaca tuvieron un duelo á muerte, espada en mano, por un cantante de la ópera llamado Dechassée. La francesa fué muy mal herida. Visto el escándalo, decidió el Rey que la francesa fuera encerrada en un convento y la polaca echada de Francia. El cantante recibió por medio del duque de Richelieu un recado del Rey diciéndole que se portase con más prudencia para no inspirar tales pasiones. «Dígale á S. M., contestó el actor, que yo no tengo la culpa de ser el hombre más encantador que hay en Francia, el primero en la dignidad y en la suerte de inspirar grandes pasiones.» «El tercero, direis mejor, contestó

el duque de Richelieu, porque el primero es el Rey, y el segundo yo.» Ignoro si este Richelieu es el mismo que á pesar de sentarse entre los cuarenta inmortales de la Academia francesa, nunca supo ortografía. Y si han pasado en el Bosque muchas comedias tambien han pasado horribles tragedias. Fué un tiempo el lugar de los duelos. Gerome se ha inspirado en él para pintar un cuadro admirable, titulado: «Despues del Baile.» La nieve cubre el suelo, haciendo destacar las desnudas ramas de los árboles. La mustia luz de una alborada de Enero alumbra el cuadro con tintes más tristes que los de una lámpara funeraria. Yace por tierra un jóven vestido de arlequin, cuyo pecho ha sido atravesado en terrible duelo por una espada. Sus dos padrinos, vestidos de máscara, sostienen con mortal angustia el cuerpo inanimado. Por el fondo se va alegre el vencedor, envuelto en negro dominó y acompañado de uno de sus camaradas, tambien de máscara. Estos trajes de fiesta en tal escena de horror, dan materialmente ese frio indescriptible en que se encierra el secreto del terror trágico.

Levantando un poco la vista desde el montecillo, que en el Bosque se halla vecino á la histórica laguna de Auteuil, se descubre el lugar de una tragedia real más espantosa todavía que esta tragedia imaginaria. Hay allí, sobre la montaña de St.-Cloud un cenador, en el cual casi nadie repara. Bien es verdad que lo ocultan los árboles. Allí aguardaba la hija de María Teresa al hombre que derrocara la monarquía para rogarle que volviera á levantarla. Por el rugoso y manchado rostro de Mirabeau, pasó un reflejo de misericordia, de compasion hácia aquella grandeza caída, hácia aquella hermosura suplicante. La sangre de los nobles hirvió por vez primera en aquel corazon, donde se habian refugiado todas las tempestuosas cóleras de los plebeyos. Imaginaos á la orgullosa austriaca pidiendo con las manos cruzadas al tantas veces maldecido demagogo una palabra de fuego, para dorar mo-

ralmente la deslustrada corona de cien reyes. Mirabeau bajó de la colina con el propósito de levantar la monarquía. Pero la Providencia le habia reservado otros destinos. Á los pocos dias la palabra se ahogó en su pecho, el Hércules cayó en la tumba. Y la graciosa cabeza que se inclinaba ante el poder del génio, cayó tambien bajo el hacha del verdugo.

¿Habria tenido alguna idea política Napoleon III al citar en el bosque de Boulogne á sus poderosos huéspedes Alejandro de Rusia y Guillermo de Prusia? Digo esto, porque el Bosque de Boulogne es el lugar donde más se cebaron los aliados, es decir, los ingleses, los rusos y los prusianos, despues de la caída de Napoleon el Grande en Waterlóo. Ignoro qué idea política pudo tener el Emperador; pero indudablemente su vanidad personal estaria satisfecha, mostrando á sus colegas cómo convirtiera en paraíso el lugar que los aliados convirtieran cruelmente en desierto. Dicen que los cosacos acampados en París, solian bañarse durante el mes de Enero en el helado Sena. Yo no lo creo, y ménos cuando recuerdo la mucha leña que gastaron para calentarse. El Bosque debe su esplendor de hoy á Napoleon III. Este magnífico paseo es la importacion en Francia por el César de los jardines ingleses. Hubiera hecho mucho mejor en importar la libertad inglesa; pero al fin, es algo. Al principio de la Revista, las manifestaciones tumultuosas que en obsequio á Polonia han hecho los franceses al paso del Czar, cesaron, gracias á unas cuantas prisiones, y á unos cuantos procesos en que brillaba el don de la oportunidad. Permitidme que medite un poco sobre las relaciones entre Francia y Polonia, porque son la clave de las escenas de que voy á hablar, de otra gran tragedia que registrará la historia; de la tentativa de asesinato cometida por un jóven, hijo de esa infeliz Polonia, de un jóven que ha llevado su amor á la patria hasta un extremo punible, hasta el crimen. No podemos creer todos los que adoramos, cómo descen-